

MARGARITA CORRAL Y ALFONSO HERRERO



NORDIC FUSION



Kløverveien 38

Las nubes amenazadoras de la mañana habían desaparecido dejando paso a un cielo despejado de un tono azul muy poco habitual. Carlos se alegró, porque con esa luz la casa lucía mucho más que en los anteriores días grises y lluviosos, en los que había estado luchando con los operarios de la mudanza para que todo estuviera a punto antes de la llegada de Beatriz. Ella también encontró el edificio con mejor aspecto de lo que recordaba, y lo achacó igualmente a la claridad y luminosidad del día. Era el 13 de junio de 2009.

Kløverveien 38 sonaba bien. Beatriz cerró los ojos e intentó recordar cómo eran los letreros de las calles en Oslo, pero se dio cuenta de que todavía no se había fijado en ellos. Aunque París no era precisamente su capital favorita, le encantaban, sin embargo, sus letreros azules enmarcados en verde. Pensar en Londres era visualizar esas estrechas y sobrias placas con nombres para ella mágicos como Grosvenor Road, Belgrave Square o The Mall. Pero Beatriz todavía no asociaba la ciudad de Oslo con ningún modelo en particular.

—Carlos, ¿cómo son aquí los letreros de las calles?
—preguntó inmediatamente a su marido.

—No sé, muy normales. Mira, justo ahí mismo, en la esquina, tienes uno.

Beatriz recorrió los escasos diez metros que la separaban del cruce con la calle Nils Lauritssøns y miró hacia arriba con la ilusión que ponía en muchas ocasiones y que tanto admiraba su marido. Tras un segundo volvió a la puerta sin decir ni una palabra, señal de que no le había entusiasmado demasiado.

Mientras tanto, la intensa luz del día había permitido a Carlos descubrir un antiestético desconchón en la pared de la entrada principal. No dijo nada a Beatriz para no estropear el momento y, con aire solemne, entregó a su mujer la llave de la casa para que fuese ella quien tuviera el honor de abrir. La puerta era blanca, sólida, con una sencilla bola de acero y una sofisticada cerradura de seguridad que les había recomendado poner un amable vecino que se había prestado a ayudar a Carlos en algunas de las tareas de acondicionamiento. Beatriz se disponía a abrir la puerta de la que sería su primera casa con Carlos durante los tres años que vivirían allí. Pero la cosa no resultó nada fácil.

A pesar de haber entrado en la cerradura con suavidad, no había forma, sin embargo, de hacer girar la llave ni para un lado ni para el otro, y ahora resultaba imposible sacarla. Carlos quiso quitar importancia al asunto y dijo que unas veces pasaba y que otras no.

—Habrá que preguntar al vecino si su copia funciona.

—¡Pues sí que empezamos bien! —exclamó Beatriz.

Carlos volvió a intentarlo, esta vez empujando un poco la llave hacia arriba mientras giraba. Y funcionó.

Lo primero que Beatriz percibió al entrar fue el agradable olor a nuevo que siempre le gustaba. Cerró los ojos para disfrutar más de ese aroma, dio unos pasos y se detuvo bruscamente. «¿De dónde habrá salido eso? ¿Es que Carlos se ha vuelto loco?», se preguntó en cuanto echó el primer vistazo al salón. No sabía qué decir ante la imagen que tenía delante. Su mesa, su preciosa mesa que tanto le había costado encontrar, tenía encima algo que no sabía cómo calificar, una especie de centro con cinco piedras y un palo retorcido. Carlos se adelantó y, antes de que Beatriz abriera la boca, le explicó que se trataba de un regalo de bienvenida de su vecino Harald Sabo. Le contó que lo había hecho él mismo y que tenía mucho valor pues, al parecer, las piedras procedían de cinco regiones diferentes de Finlandia. Cada una proporcionaría a la familia un elemento para lograr la felicidad: tranquilidad, salud, confort, alegría y amor. No recordaba qué pretendía significar el tronco, pero le aseguró a Beatriz que sin duda su vecino se lo explicaría con todo detalle, y le diría también de dónde lo había sacado.

—Por lo visto es algo muy típico del norte de Finlandia —dijo Carlos.

Beatriz, que había escuchado atónita a su marido, no pudo por menos que echarse a reír y decir que si de ese engendro iba a depender su felicidad, ahí se quedaría. Esperaba poco a poco poder acostumbrarse a ello. Carlos la abrazó.

—Eso es lo que más me gusta de ti. La capacidad de adaptarte a lo que sea.

—Venga, déjate de halagos y vamos a ver lo que has hecho en la casa —contestó algo azorada Beatriz.

Carlos había logrado, a pesar de haber tenido varios contratiempos, tener listo todo lo más urgente y, salvo algunas cosas que no había colocado donde Beatriz le había dicho, el resultado era de lo más satisfactorio.

Tras sacar de la maleta las cosas de aseo y colocarlas en el baño, se sentaron en el sofá pequeño del salón con la intención de coger fuerzas tomando una fría cerveza *Tuborg* antes de empezar con los compromisos. Era la primera vez que usaban la casa juntos, y los dos se sentían muy a gusto en ella.

Beatriz vio por el rabillo del ojo cómo el teléfono, en el que antes no había reparado, avisaba con sus destellos naranjas de que había un mensaje. Fue hacia él y lo descolgó. El mensaje era en inglés. Se trataba de Kjersti Nodland, que sabía, por Carlos, que llegaba ese día, y quería darle la bienvenida. Le proponía quedar en cuanto pudiera, y también se ofrecía a ayudarla en lo que necesitara para la casa.

—¡Qué amable! —dijo Beatriz—. Es la del salón, ¿no?

—Sí, y creo que deberías llamarla enseguida. Es sincera cuando dice que quiere quedar contigo; a mí me dijo que le apetecía mucho conocerte. Ya verás cómo te va a gustar. Es muy educada, tiene mucho encanto y además

conoce hasta el último rincón de Oslo. No sé cómo tiene tiempo para salir tanto con lo que trabaja...

—Oye, oye, que me parece que te gusta demasiado la tal Kjersti —dijo Beatriz con cierta sorna.

—Sí. Ocupa el segundo puesto detrás de ti en mi lista de preferidas —contestó Carlos mientras la agarraba por la cintura, provocando cosquillas en su mujer.

—Ya. También tendré que llamar al vecino para agradecerle «el engendro», ¿no? —añadió Beatriz.

—Sí, aunque no me extrañaría nada que se presentara de un momento a otro para saludarte.

Carlos, por si acaso, preparó a Beatriz acerca de su vecino Harald, el cual resultaba un poco extraño. Por de pronto hablaba bajísimo y muy, muy despacio. Vestía siempre igual; con pantalón beige, camiseta negra y sandalias o chaqueta negra con cremallera y zapatos, dependiendo de si hacía mejor o peor tiempo. Le apasionaba la naturaleza; lo que no era de extrañar siendo, como era, paisajista. Pero sí que resultaba un tanto extravagante que siempre llevase en los bolsillos alguna hoja o ramita para llevarse de vez en cuando a la nariz y oler con fruición. Como estudió en Finlandia, se aficionó a la sauna, e instaló en su casa una estupenda en la que pasaba horas y horas. Carlos creía que a eso se debía el color a gamba cocida que siempre tenía; realmente estaba cocido.

—Voy a buscar otra cerveza. ¿Quieres? —preguntó Carlos al ver que ya se habían bebido las *Tuborg*.

—No, gracias, cariño. Yo voy a ponerme con el teléfono. Cuanto antes llame, mejor. Espera, no te vayas, dime cómo se da para contestar al mensaje.

En cuanto empezó a dar la señal de llamada del número de Kjersti Nodland, sonó el timbre de la puerta. A Beatriz le dio tiempo a pensar que el *ding dong* del timbre le recordaba al de su dentista. Quizás lo podría cambiar. Carlos, con la cerveza en la mano, guiñando el ojo a Beatriz, fue a abrir. Ahí estaba, como él había predicho, Harald Sabo. A ella, que en ese momento oía el tercer tono y se estaba preguntando si en cualquier momento saltaría el contestador, se le dibujó una sonrisa al ver que el famoso vecino era tal y como había sido descrito y lucía el atuendo de verano esperado. Saludó con la mano que tenía libre cuando, efectivamente, saltó el contestador. Dejó un breve mensaje en el que anunciaba que volvería a llamar más tarde e inmediatamente se encontró con la mano extendida de Harald. Se saludaron con un apretón de manos fuerte y cálido, y Beatriz agradeció efusivamente «el engendro». A pesar de que enseguida le dijo que Carlos ya le había explicado lo que significaba y el valor que tenía, Harald no se resistió a explicarlo de nuevo. Habló durante un buen rato de los distintos tipos de piedra y de las regiones de donde procedían mientras bebía una copa de vino que Carlos le había servido. Por suerte, la visita no fue demasiado larga.

—Seguro que estás cansada. El viaje, la emoción de entrar en tu nueva casa, deshacer las maletas y aguantar

al vecino... Así que yo me marchó. Sólo quería darte la bienvenida. Quieras o no, nos vamos a ver mucho, porque vivo al lado.

Se despidieron y, de golpe, Beatriz notó el cansancio que hasta entonces no había sentido. Carlos decidió perdonarle la llamada a la embajadora. Comieron algo de queso y jamón cocido, lo único que no exigía preparación alguna, y se fueron a la cama.